

Alondra Monserrath Rodríguez López

EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Historias y poemas



El tiempo y el espacio

Historias y poemas

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
División de Extensión de la Cultura



**CONSEJO
EDITORIAL**
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO

El tiempo y el espacio

Historias y poemas

Alondra Monserrath Rodríguez López



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2025

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Octavio Castillo Acosta

Rector

Julio César Leines Medécigo

Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales

Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Presidente de la Feria Universitaria del Libro

Fondo Editorial

Asael Ortiz Lazcano

Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín

Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición: 2025

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx

El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN: 978-607-482-966-2

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento –No Comercial –Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Hecho en México/*Printed in Mexico*



Este libro fue dictaminado por pares académicos.

Se agradecen los comentarios y sugerencias del cuerpo de asesores, ya que permitieron darle un mejor rumbo a esta publicación. De igual manera, se agradece profundamente a los dictaminadores del proceso evaluador, quienes con sus observaciones y comentarios enriquecieron esta obra.

| Índice

Prólogo	13
De todas las flores	17
El mundo de las palabras	19
Luz brillante	24
Aurora	25
Extranjera en el tiempo	26
(C)alma	29
Sirena	31
Te tuve a ti	34
Recuerdos de tiempos ajenos	35
Visión del alma	37
Carta olvidada	38
¿A qué sabe la poesía?	41
Nostalgía	42
La izquierda moderna disfrazada de derecha	43
Momento perfecto	44
Funeraria	45
Resonancia	46
Desaparición forzada	47
Rezo	49
Círculos viciosos	50
Tus ojos	51
Este texto también tiene voz. Escúchalo aquí.	52

“Yo pienso y escribo rodeado de flores”

-Chul Han.

“En suma, desde pequeño, mi relación con las palabras, con la escritura,
no se diferencia de mi relación con el mundo en general.

Yo parezco haber nacido para no aceptar las cosas
tal como me son dadas.”

- *Julio Cortázar*

Prólogo

El tiempo y el espacio tal como lo percibimos son coordenadas perceptuales, no realidades absolutas. Las utilizamos como marco de referencia para interpretar los eventos. La forma en la que experimentamos estas dimensiones está influenciada por nuestra conciencia, cualquier cambio de percepción de esta conciencia puede modificar nuestra percepción del tiempo y el espacio.

¿Cuántos años hay en tres horas? ¿Cuántas horas hay en tres años? La conciencia profunda de nuestro tiempo y espacio nos ayuda a reflexionar de lo que no es eterno, lo que puede ser eterno y de lo eterno. Vivir profundamente, haciendo de lo cotidiano algo irreplicable, sintiendo todo, tanto, que nos deshaga y nos construya de nuevo. Nuestra realidad es el reflejo de nuestra conciencia que puede transformar nuestra vida cotidiana en una experiencia profundamente significativa.

Esta obra es una compilación de cuentos, poemas y caligramas escritas desde el realismo mágico y sobre todo sin tiempo y sin espacio; donde hablo de la vida misma. La inspiración de esta narrativa viene desde mi vivir diario y el ejercicio de observación, que en palabras de Eduardo Galeano es “mirar lo que no se mira pero que merece ser mirado”.

Estamos llenos de historias y siempre vamos a necesitar de ellas, porque a las historias pertenecemos. Consumimos historias en el cine, en los libros, en las canciones porque necesitamos un lugar donde por un periodo de tiempo dejemos de ser nosotros o bien podamos traducirnos a partir de la otredad.

Estamos rodeados de personajes, y de mundos distintos al nuestro. Estamos rodeados de historias sin fin. Vivimos en un mundo repleto de otros mundos y cuando esos mundos colisionan nadie sale ileso y los ojos y el corazón se nos llenan de más historias.

Las historias yacen también en lugares deshabitados gracias al paso del tiempo sobre ellos. Gracias al paso de las almas sobre ellos.

Un tema general en esta obra es el amor, el amor como motor de todo, porque el amor siempre nos salva (en cualquiera de sus presentaciones). Y sin amor nada somos.

“Necesitamos desesperadamente que nos cuenten historias. Tanto como el comer, porque nos ayudan a organizar la realidad e iluminan el caos de nuestras vidas.”

-Paul Auster.

A Eloisa, mi madre por regalarme su amor a la literatura.

A Eleanor por mostrarme las maravillas de la vida.

A Naomi por ser mi hogar.

De todas las flores

A Eloisa, mi madre

Una mañana de mayo, el campo despertó bajo la sombra de una jacaranda inmensa, cuyas flores moradas teñían el aire de fragancia y luz.

En su copa los pájaros tejieron himnos de júbilo y el viento danzaba entre las ramas, acariciando cada pétalo. Los días pasaban y aunque el árbol se alzaba como un gigante protector, una tristeza sutil comenzó a anidar en sus raíces. La soledad le pesaba, aún en medio del esplendor.

Una noche, la jacaranda habló con la tierra, su eterna compañera:

—Dame más flores, te lo ruego. Haz del campo un jardín infinito, lleno de vida que me acompañe. A cambio, prometo nutrirlas con mi savia, ayudarlas a crecer con mis raíces y cobijarlas bajo mi sombra.

La tierra, generosa y fértil, escuchó su plegaria y concedió su deseo. Al amanecer, aparecieron rosas, amapolas, orquídeas, gardenias, tulípanes y narcisos. Cada flor traía consigo un destello único de color y perfume. El cielo enternecido por la petición, envió lluvias suaves y la jacaranda cumplió su promesa: las protegió, alimentándolas con raíces profundas de amor y sabiduría.

Con el tiempo, el tulipán comenzó a destacar entre las flores. Sus hojas se alzaban como **brazos que abrazaban** al árbol y a sus hermanas. Su belleza era distinta, no solo por su forma, sino por el profundo amor que parecía irradiar hacia todo lo que le rodeaba.

La jacaranda, maravillada, percibió que aquel tulipán no pertenecía del todo al mundo de las flores. Algo en su esencia **clamaba por más**, algo que ni la tierra ni el cielo podían contener.

Una noche, el árbol le habló a la tierra:

—**Libérala** de mis raíces. Déjala crecer más allá del campo. Siento en sus pétalos la fuerza de los humanos, y sé, que entre ellos, encontrará su verdadero **destino**.

La tierra, sabia y amorosa, aceptó. Durante una noche de luna llena, donde el aire parecía encenderse con un fulgor mágico, el tulipán se transformó. Sus hojas se convirtieron en brazos, sus raíces en pies y su tallo se alzó en un cuerpo humano. Así nació una mujer de piel luminosa, con ojos que reflejaban la sabiduría de la tierra y el resplandor de las estrellas.

Cuando la transformación terminó, la tierra le habló:

—**Ya no perteneces al mundo inmóvil** de los campos. Camina entre los humanos, aprende sus palabras, comparte con ellos la sabiduría que has cultivado aquí. Llevarás en tu espíritu el amor de esta tierra, y con él, seguirás sembrando vida.

El tulipán, ahora mujer, caminó hacia el mundo de los hombres con la inocencia de quien no advierte nada más que su presente. En su andar recorrió todo el mundo, descubrió lo hostil del mismo pero también sus maravillas. Amó y fue amada, dejó huella en cada paso que daba, enseñó y dejó testimonio de su sabiduría.

Al cabo de muchos años, una tarde de octubre, al haber cumplido todas las maravillas que cualquier ser humano desearía, con dulzura me dijo:

—Despierta, estoy aquí. **Esta es la vida**. Caminaremos juntas, te enseñaré las palabras de los hombres y te guiaré por senderos más claros que los míos. Cuando llegue el momento, volveremos juntas con mi madre la jacaranda y a la tierra quienes nos dieron origen, volveremos para **honrarlas y agradecer**. Cuando muera quiero que me devuelvas a la jacaranda y a la tierra, así, tendrás un lugar donde siempre encontrarme.

Mujer de destellos de sol, llevas el corazón en las manos y el amor de Dios en los ojos. Habito tus palabras, tus pasos y tu risa. **Te encuentro** en todos lados, principalmente cuando me miro al espejo.

De todas las flores, mi madre, la más hermosa.

El mundo de las palabras

Nadie sabe con certeza donde queda, pero algunos aseguran que si guardas silencio **el tiempo suficiente**, puedes **escuchar el murmullo** del mundo de las palabras.

Allí no hay personas. Las calles las caminan los sustantivos, **las emociones habitan casas** de cristal, los verbos se deslizan por los cielos y los adjetivos decoran árboles, paredes y hasta a los propios habitantes. En ese mundo, el Amor es una palabra que brilla con luz cálida. Siempre va tomada de la mano de la Amistad, que tiene ojos grandes y voz suave. Juntas recorren los senderos del Valle del Significado, donde cada paso deja una huella que florece.

Pero el Miedo... el Miedo es una sombra larga que nunca deja de moverse. Tiene mil ojos que ven lo que aún no ha pasado. Sabe esconderse detrás de otras palabras, sobre todo del Enojo, con quien suele pasear de noche. El Enojo es un ser de respiración pesada, que tiembla cuando camina. No siempre fue así, dicen. Dicen que antes era fuego útil, pero desde que el Miedo le susurra al oído, ha olvidado cómo calentaba y solo recuerda como quemar. El Amor y el Miedo no se entienden. No porque sean enemigos, sino porque hablan lenguas distintas. El Amor dice “confía” y el Miedo responde “¿y si no?”. El Amor se lanza; el Miedo calcula. Donde uno ve alas, el otro ve precipicios.

Sin embargo, **todos habitan el mismo lugar**. Y se cruzan. Y chocan. Y a veces... se transforman. Hay palabras que han aprendido a sanar, como el Perdón, que va dejando hilos invisibles donde antes hubo cortes. Otras que destruyen, como el Sarcasmo, que juega tanto con las formas que a veces hiere. Y hay palabras antiguas, como la Esperanza, que se resiste a morir, aunque el Olvido la visite seguido. La Mentira camina siempre con paso elegante, vestida de muchas capas: algunas brillan como la Verdad, otras huelen a ternura y otras saben a venganza. Nadie sabía cuándo decía lo que sentía o cuándo sentía lo que decía. La Verdad, en cambio, es simple y áspera. No sabe disfrazar eso la hacía incómoda. A veces dolía. A veces hería. Pero siempre permanecía.

—¿Por qué no puedes ser más amable? —le reprochaba la Esperanza—. Te necesitan, pero no todos te soportan.

—Porque si me suavizo demasiado, me convierto en la Mentira —respondía la Verdad.

Y entonces estaba el Silencio. Él no hablaba, pero su sola presencia bastaba para ordenar o desordenar todo. El Silencio era un anciano invisible. A veces sanaba; otras veces, destruía. Si entraba en una conversación con ternura, podía curar el alma. Pero si se quedaba mucho tiempo entre palabras heridas, se convertía en abismo. El conflicto entre ellos era eterno. La Verdad quería ocupar el centro. La Mentira, todos los lugares a la vez. Y el Silencio... solo quería que lo dejaran estar.

Sin embargo, una nueva crisis se desató y los obligó a mirarse.

Las palabras comenzaron a desaparecer.

Primero desaparecieron algunas como Gratitude, Respeto, Ternura. Nadie se dio cuenta de su ausencia inmediata, porque otras ocuparon su lugar, aunque no con el mismo sabor. Luego desaparecieron palabras más grandes: Compromiso, Dignidad, Equilibrio.

El caos creció.

El Sentido comenzó a perder fuerza, los textos se rompían, los discursos ya no se entendían, y algunas palabras comenzaron a cambiar de significado:

La Libertad se confundía con Permiso.

El Amor, a veces, se usaba para Poseer.

Justicia se pronunciaba cuando, en realidad, se quería decir Venganza.

La Verdad gritaba. La Mentira reía. El Silencio se escondía en rincones donde nadie lo escuchara.

El Desencanto recorrió las bibliotecas. La Confusión bailaba en las calles. El Dolor escribía discursos con palabras rotas. Y muchos comenzaron a temer que el Lenguaje mismo se estuviera muriendo.

Una mañana, el mundo de las palabras amaneció diferente. El aire tenía una textura distinta.

Fue entonces cuando llegó la Palabra Nueva.

Nadie la había oído antes. No tenía **definición**, ni sonido, ni color. Apareció en la Plaza del Silencio, flotando como un susurro sin dueño. Nadie sabía si venía del Dolor o de la Verdad, si era hija del Amor o hermana del Rencor.

—¿Quién eres? —le preguntó la Curiosidad, siempre inquieta.

La Palabra Nueva no respondió. Solo se quedó suspendida, girando lentamente sobre sí misma. Tenía forma cambiante, como si contuviera todos los significados posibles y, a la vez, ninguno.

El Miedo la observó desde lejos y se estremeció.

—No debería estar aquí —le dijo al Enojo—. Es peligrosa.

—¿Por qué? —preguntó el Enojo, que sentía en su pecho una llama distinta, no rabia... sino duda.

—Porque no la entendemos —dijo el Miedo, con voz temblorosa—. Y lo que no entendemos nos puede destruir.

La noticia se esparció pronto. La Desconfianza comenzó a multiplicarse, susurrando rumores en los oídos de la Empatía, que comenzó a caminar con paso inseguro. La Amistad intentó acercarse a la Palabra Nueva, pero el Miedo se interponía, cubriéndola con sus brazos largos como neblina.

—¡Déjala pasar! —gritó el Amor.

—No hasta que sepamos qué es —respondió el Miedo.

Y así comenzó la división.

Las palabras dejaron de bailar juntas en los poemas. Los cuentos perdieron ritmo. Las canciones, armonía. El mundo comenzaba a quebrarse. Fue entonces cuando la Palabra Olvidada despertó. Vivía al fondo de todo, en el desván de los antiguos diccionarios. Era una palabra vieja, usada por los abuelos de las palabras. Nadie la usaba ya, pero su eco seguía latiendo entre los versos rotos.

Su nombre, Escucha. La Escucha subió lentamente por las colinas del Lenguaje, atravesó el campo semántico y llegó hasta la Plaza del Silencio, donde la Palabra Nueva seguía flotando.

Después de que la Curiosidad sintió la vibración de la Palabra Nueva, algo cambió en el aire.

No fue un trueno. No fue una revelación. Fue apenas un latido leve que se esparció como eco por las sílabas dormidas del mundo. Un temblor casi imperceptible recorrió a las palabras, desde los verbos más viejos hasta las emociones más frágiles.

La Curiosidad fue la primera en acercarse. Le siguieron el Diálogo, la Duda, el Respeto. Incluso la Contradicción, que no siempre es bien recibida, se sentó a su lado sin incomodarla.

—No tienes una forma clara —dijo la Verdad—. Pero eso no significa que no seas verdadera.

—No tienes una definición única —añadió la Mentira—. Pero eso no significa que estés aquí para engañar.

La Palabra Nueva no respondía con sonidos, sino con presencia. Se dejaba sentir, como si recordara a cada palabra lo que fue antes de convertirse en etiqueta.

Fue entonces cuando el Silencio habló. Su voz era una pausa. Un espacio. Y, sin embargo, todos lo entendieron:

—Quizá no viniste a decir algo... viniste a recordarnos cómo se escucha.

Ese día, por primera vez en mucho tiempo, todas las palabras se reunieron en el Anfiteatro del Lenguaje. Algunas estaban incompletas, otras heridas, otras confundidas. Pero todas estaban.

La Esperanza, que ya casi no pronunciaba nadie, se sentó en el centro y dijo:

—Esta Palabra Nueva no tiene historia, pero puede darnos futuro. No vino a reemplazarnos, sino a mostrarnos que aún podemos nombrar lo que sentimos sin destruirnos.

Entonces hablaron muchas palabras más. El Perdón, que había estado dormido bajo los escombros del Orgullo. La Ternura, que había olvidado cómo se decía en voz alta. El Cuidado, que llevaba años encerrado detrás de la Ironía.

Y así cada palabra herida comenzó a buscar dentro de sí un nuevo significado. No para olvidarse de lo que fue, sino para elegir lo que quería ser.

Reconstruirse no era volver a ser. Era transformarse.

La Palabra Nueva no dijo nada. No hizo falta. Se quedó flotando entre todas, tejiendo hilos invisibles entre el Miedo y la Valentía, entre el Amor y la Duda, entre el Dolor y la Memoria. Ante la presencia de la Escucha, todas las palabras sintieron algo. No era un significado exacto. Era algo más profundo: un sentido. El mundo de las palabras **no se ve**, pero **podemos sentirlo**. Vive en la forma en que nos miramos, en cómo nombramos lo que duele, en lo que callamos cuando no sabemos cómo decirlo. La Escucha flota entre las palabras, recordándonos que el lenguaje no solo sirve para hablar.

Luz brillante

A Eleanor Charlotte

Buenos días. ¿Cuándo amaneciste? Te conocí por la tarde y noté que en realidad te estaba **reconociendo** con la total **certeza** de haber soñado muchas veces tu existencia. Me regalaste un hogar ¿Me ayudas a decorarlo? Traje las flores que nos gustan, tengo mucha fruta y conseguí un arcoíris para la entrada. He escondido todos los relojes y si te parece bien, las paredes podemos pintarlas con tu risa y la mía. Pero antes, ¿jugamos? Corramos por los pasillos descalzas, dejando que el eco nos cuente historias que no recordamos. Después, cuando el cansancio nos abraza, construiremos un techo con las palabras que aún no hemos dicho, para que el silencio también tenga hogar. Cuando anochezca iluminaremos la casa con chisperos y jugaremos con nuestras sombras imaginando historias fantásticas de dragones audaces y princesas valientes. Y cuando la última chispa se transforme, sus destellos saltarán por las ventanas y construirán un puente de luz hacia el cielo, para que los sueños quepan dentro de las estrellas.

Aurora

Floreceste del más profundo amor en oriente,
rodeada de naranjales y pasteles de leche.
Tus ojos mis ojos, tus manos sus manos.
Cerezo, a tus pies siempre gardenias
eternas que perfumen
su cuerpo.
Aurora, tu alma es la mía y la suya contigo.
Aurora escucha siempre que te amamos.
Aurora nos veremos pronto, lo prometo.
Esa noche en la que tu cuerpo
ya no era uno con el mío,
jamás volvió a amanecer.

Extranjera en el tiempo

Una vez **me perdí** en el mundo y **conocí** a María.

Sentada en la terminal del aeropuerto noté a la par mía una mujer que había perdido el mismo vuelo, nunca había visto a una persona tan tranquila después de un evento como ese, podría pensar que estaba acostumbrada a que eso le sucediera. Su cabello largo, oscuro y rizado se enredaba entre las maletas que llevaba colgando sobre el hombro. Sin preverlo se sentó a mi lado, dejó escapar una sonrisa y dijo:

—Vuelo A555, era natural que perdiéramos el vuelo. Soy María Luisa. ¿Nunca habías perdido un vuelo o por qué pareces preocupada?

Dijo, sonriendo como si nada hubiera pasado, entrecerrando los ojos con las pestañas más largas y gruesas que nunca había visto.

—Nunca, le dije. ¿Por qué es natural?

—Es obvio 555, desviarse del camino planeado. No siempre es eso pero coincide en la mayoría de las ocasiones.

Había en ella una lógica que se sentía más como **magia**, inmediatamente me dí cuenta que creía en lo mismo que yo uso para -de algún modo- encontrarle una explicación a todo y de esa forma creer que todo tiene una razón de ser; aunque a decir verdad, últimamente, mi fe en ese tipo de certezas se había debilitado. Al escucharla de pronto sentí que nos conocíamos de mucho antes, la forma en la que articulaba sus palabras me resultó **familiar**.

—Tienes razón —le dije mientras correspondía con la misma sonrisa con la que me recibió.

—¿Vas a comprar otro boleto? —preguntó.

—Supongo que sí.

—Yo no —dijo con ligereza, como si se tratara de algo sin importancia—. Lo más probable es que me quede unos días más aquí. Todo pasa por algo, además antes de llegar acá visité a mi tarotista, ella me advirtió que este viaje sería más largo de lo planeado, y no siempre soy de creerle todo, pero debí suponerlo, siempre pierdo vuelos, es casi un ritual en mis viajes.

De inmediato me ofreció una alternativa inesperada:

—¿Y si no tomas otro vuelo? Podemos ir a un teatro cerca de aquí. Se presentan unos amigos míos, te vendría bien distraerte.

Acepté sin pensarlo demasiado.

Cuando llegamos, noté que María vivía la vida de forma **distinta**. Se reía sin importar si su risa resonaba por todo el lugar. Respondía sin filtros a lo que sucedía en escena y, al final, se levantó aplaudiendo con genuina admiración como muestra de satisfacción y reconocimiento. María me hizo recordar cuánto disfrutaba ir al teatro.

Al salir **reflexionaba** sobre la maravilla de **coincidir** con personas que nos hicieran ver la vida con otros ojos.

—¿Cómo haces para vivir así? —le pregunté al salir, mientras caminábamos por las calles **iluminadas**.

—Es fácil —respondió—. Solo tienes que dejar de preocuparte por lo que piensen y comenzar a **vivir** lo que sientes.

Caminamos hasta encontrar un café y nos detuvimos a charlar. María resultó ser una **artista** viajera, una amante del conocimiento y de los pequeños placeres de la vida. Todo lo recordaba con una precisión impresionante.

—Voy a ser abogada —dijo de pronto, mirando por la ventana como si buscara su sueño en el cielo.

—¿Por qué?

—Porque siempre he querido serlo.

No hizo falta que explicara más. María tenía esa manera de convertir lo simple en profundo, y en ese momento supe que ella no necesitaba convencer a nadie de lo que soñaba.

Sin advertirlo nos hicimos amigas. Pasaron tres semanas entre funciones de teatro, películas, cafés, lágrimas sinceras y risas que llenaban los vacíos del alma. Seis meses después, habíamos viajado juntas por siete países, perdimos la cuenta de cuanto vino bebimos, comimos tanto que tuvimos que cambiar la talla de nuestra ropa. María no sabía permanecer en un lugar por mucho tiempo. No porque no quisiera, sino porque **su corazón necesitaba movimiento.** Para ella, cinco minutos podrían ser treinta, y treinta minutos parecían evaporarse en cinco. Quizá por eso y por muchas cosas más nos entendíamos tan bien. **Ambas éramos extranjeras en el tiempo.**

Una mañana así como llegó se fue, no sin antes despedirse. Ella **nunca ha llegado a tiempo a ningún lugar, pero sí a mi vida.** Su despedida fue sencilla, sin dramatismos, como un soplo de viento que sigue su curso natural. “Nos veremos en el camino”, dijo con esa sonrisa suya, tan llena de misterios y certezas invisibles, un eco que parecía decirme que la libertad no se ata, que la magia de las almas errantes está en el movimiento constante. **Me abrazó como quien suelta y sostiene al mismo tiempo.**

Aquella eterna gitana tiene el alma en los ojos, y en su mirada habitan todos los lugares donde jamás había estado. **Reía y lloraba con la misma intensidad y honestidad con la que vive.** Tenía el don de leer más allá de las palabras, de intuir lo que otros no podían. Nunca decía: “No estés triste”. En su lugar, preguntaba: “¿Qué quieres hacer? Vamos a viajar”.

María nunca fué de aquí, ni de allá, ni de donde sus papeles le decían que había nacido. Habla todas las lenguas del mundo, es **mágica, multifacética, inasible,** y disfrutaba la vida de una manera que apenas comencé a aprender **gracias a ella.**

| (C) alma

Vivir con **calma**,
con el alma **prendida** a los ojos,
apretada al cuerpo.

Pausando mi caminar
para poder **observar** las flores
que crecen en el pavimento.
¿Quién podría verlas en la prisa,
si no es quien se **atreve** a detenerse?

Vivir con calma,
con el alma prendida a los ojos,
apretada al cuerpo.

Pausando mi caminar
escuchando el susurro del viento,
el suspiro del tiempo que se desvanece **con prisa**.
Cada paso, un respiro; cada respiro, un latido.
En la quietud, **todo se despliega**:
el murmullo de una paz que parece lejana,
pero que está aquí, esperando ser **reconocida**.

En ese espacio, me **encuentro** conmigo,
sin el peso de lo urgente,
sin la carga de lo que fue y lo que será.

Solo el ser, aquí y ahora,
suspendida entre la respiración y el latido.
En la calma, se es.
Y al **ser**,
se **descubre**.

Sirena

Una tarde en la playa mientras contemplaba el mar conocí a una mujer que mientras caminaba parecía ser una con la arena. Su cabello largo, oscuro y rizado danzaba emulando las olas del mar de aquella tarde. Maravillada observaba su piel dorada, reflejo del **amor perpetuo** que el sol le profesaba. Mientras avanzaba, su paso dejaba una estela de espuma, como si el mar mismo la acariciara. Al llegar donde me encontraba, decidió sentarse a mi lado. Comenzó a narrar historias fantásticas de criaturas marinas y a compartirme su **amor eterno** por el mar: lo mucho que siempre la abrazaba y la traía de vuelta cuando se desconocía a sí misma.

Cuando terminó de platicar conmigo permaneció unos segundos contemplando el mar y dijo:

—Disfruto salir un rato del mar para contemplarlo desde afuera. Es mi hogar. Soy Yarely. ¿También has venido a contemplarlo?

—No exactamente. Creo que llegué aquí por casualidad.

—**Las casualidades no existen** —dijo, mientras despegaba con delicadeza estrellas de mar de sus piernas.

—El mar no es azul, ¿sabías?. El cielo y el mar desde siempre han vivido enamorados, el cielo se refleja en él y le ilumina en lo profundo con la ayuda del sol.

El cielo y el mar comparten un amor silencioso, **reflejándose el uno en el otro**. Cuando el mar se agita en tormentas, es porque extraña el abrazo del cielo. Y cuando el cielo llora en forma de lluvia, es porque desea unirse al mar en un solo cuerpo.

El azul del mar no es suyo, sino el **regalo eterno** de su amado cielo, un vínculo que no se rompe ni siquiera en la distancia.

—¿Has amado así? A mí aún no me sucede.

—Sí. lo hago. —Respondí.

—¿Cómo se siente? —preguntó en un susurro.

Tomé un instante para responder. Miré hacia donde el cielo y el mar **se fundían** en un **beso eterno**, e intenté encontrar palabras que pudieran igualar la magnitud de lo que sentía.

—Es como ser una gota de agua en el mar — le dije—. No hay principio ni fin, solo un flujo **constante** de emociones que te envuelven y te hacen **sentir** parte de algo más grande. A veces es tranquilo, como las olas acariciando la orilla. Otras veces es tormentoso, como si todo estuviera a punto de **desbordarse**. Pero incluso en el caos, sabes que **perteneces**.

Yarely esbozó una sonrisa que parecía surgir de las profundidades.

—Tal vez por eso el mar te ha traído aquí.

—¿Por qué dices que el mar me ha traído? —pregunté.

—Porque el mar siempre busca a aquellos que le entienden —respondió mientras trazaba círculos en la arena con sus dedos—. Los llama, les cuenta sus secretos y a veces les confía parte de su esencia. Creo que tú has sido elegida por el mar.

—¿Y tú? ¿También has sido elegida por el mar? —quise saber.

Yarely dejó escapar una risa suave, casi imperceptible.

—Yo no fui elegida —dijo—. Yo soy del mar, así como el pez es del agua y el viento es del cielo. Mi hogar está en sus profundidades, donde el tiempo no tiene sentido y los secretos del mundo descansan. Pero de vez en cuando, me gusta salir, caminar entre los humanos y recordar cómo es vivir con los pies en la arena

Permanecimos unos minutos en silencio contemplando el mar.

—El sol está por despedirse —dijo con voz tranquila—. Es hora de que regrese a casa.

—¿Volveré a verte? —pregunté, aunque no estaba segura de por qué sentía la necesidad de hacerlo.

Yarely me miró por última vez, sus ojos brillaban como la espuma en las olas.

—El mar siempre está aquí —dijo—. Y cuando escuches el canto de las olas, sabrás que te estoy recordando. En el mar siempre tendrás una amiga. He podido ver que **tu alma está hecha de lo mismo que la mía.**

Antes de poder decir algo más, caminó hacia el agua. Su silueta se desdibujó con cada paso y cuando una ola más grande rompió en la orilla Yarely desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Me quedé en la playa hasta que la noche cubrió todo. Y mientras el sonido del mar llenaba el aire, entendí que el amor del cielo y el mar no era el único misterio eterno que existía.

Te tuve a ti

A Angella Naomi

Te habito como la casa permanente que nuestra madre nos regaló en la infancia.

En ese territorio sin tiempo, tú tienes cuatro años y yo ocho.

Decoraste las habitaciones con magia, y el silencio se llenó de risas que todavía viven en nosotras. Tu risa me enseñó a mirar el mundo con menos miedo.

En este hogar, las puertas nunca cerraban del todo, y tus manos encontraban todos los secretos que yo no veía. Contigo aprendí el dialecto secreto que solo se habla con miradas.

Te tuve a ti sosteniendo mi mano. Me enseñaste a ser valiente, y cuando olvido cómo serlo, me sorprende buscando tus ojos entre las sombras.

Desde nuestro encuentro, los inviernos han sido más cálidos, porque tú trajiste luz a cada rincón de nuestra memoria. La soledad se inundó de presencia completa, de dulces, juguetes y fuertes hechos de almohadas y cobijas.

Nunca me sueltes las manos, nunca me sueltes del corazón.

Eterna amiga, eres mi brújula y a ti regreso cuando ya no me recuerdo.

Recuerdos de tiempos ajenos

En esta casa hay fantasmas. He visto las luces encenderse una por una, como si alguien —o algo— caminara por sus pasillos olvidados. No siempre de forma lógica, como si las habitaciones recordaran algo y en su memoria la luz brotara. He visto las luces encenderse de forma caprichosa, dispersa. Como memorias sueltas.

La casa está inundada de recuerdos de tiempos ajenos.

Durante un anochecer de tantos, intrigada al escuchar las campanas de viento de la casa sonar más fuerte de lo habitual, comencé a observar detenidamente lo que ocurría y sin advertirlo, como quien da una bienvenida cálida comenzó a encenderse la luz del recibidor y el viento corría entre los arbustos y movía las flores como si desesperadamente quisiera entrar a la casa.

Pocos minutos después el viento cesó y la sala y sus lámparas comenzaron a iluminarse de tonos naranja y dorados. Las luces saltaban entre los focos como si entre ellas conversaran. No parecía haber tristeza ahí, sino una forma antigua de alegría, quizás el eco de conversaciones atrapadas en las paredes.

Con luz firme, fría, que no titila, pero tampoco reconforta se iluminó el espacio del comedor y al contemplarla sentí en la garganta el murmullo leve de una discusión vieja, con platos fríos sobre la mesa y un silencio que pesa más que las palabras. Cada vez que se encendía una lámpara, me iluminaba un recuerdo que no es mío, pero que me susurraba en lo profundo del alma.

Después, con cierto recelo, con una luz tenue, casi insuficiente las lámparas de la biblioteca titubearon antes de encenderse. El tipo de luz que bañaba la biblioteca no era para ver, sino para recordar, como quien abre un libro que ya sabe de memoria intentando encontrar algo nuevo. En ese espacio habita la ansiedad de una búsqueda infinita, el peso de preguntas sin respuesta y la certeza de que algunas verdades se esconden mejor entre líneas que en palabras dichas en voz alta. Poco después la luz comenzó a intensificarse, tanto que algunos focos de la habitación estallaron y sin

entender del todo lo que había sucedido comencé a alejarme poco a poco. De pronto, como en un suspiro, comienza la despedida.

La sala es la primera en apagarse, luego la biblioteca y por último la habitación.

Sin advertirlo, se iluminan las escaleras y se mantiene firme la luz encendida del recibidor, como si la casa estuviera aguardando la llegada de alguien que se fue y que —tal vez— volverá.

Visión del alma

”L’essentiel est invisible pour les yeux”

-Antoine de Saint-Exupéry

Cierro los ojos y aquí en lo intangible todo es distinto. Aquí en lo intangible se percibe.

No se ve igual con los ojos abiertos.

Las palabras no pesan, flotan, se ordenan, las **reconozco**. Aquí la vida me toca en lo más profundo conmoviéndome hasta el alma, como si cada molécula del espacio a mi alrededor estuviera hablando en un idioma que solo puedo comprender con el corazón.

Puedo sentirlo todo, corre el viento y entiendo que no solo es el viento sino la vida. En esta quietud, el silencio se llena de ruidos que adquieren formas y colores distintos, como si el mundo guardara secretos que se revelan sólo cuando cerramos los ojos.

Aquí, en lo intangible, no se necesita ver para saber que todo está conectado. Es un lugar donde todo es uno, donde el pasado y el presente se funden en una sola experiencia, lo que fue, lo que es y lo que será. Aquí el alma siente, el cuerpo escucha y la vida misma se convierte en una sinfonía que sólo puede escucharse con los ojos cerrados.

Cierro los ojos y decido vivir de otra forma, abrazo, beso, como, escucho, escribo, siento, busco, hablo, aprendo y recuerdo. He cerrado los ojos para ver diferente, **a través del alma la vida es precisa y preciosa**.

En este espacio, lo que parece invisible siempre tiene formas que danzan alrededor de la mente y alma. Y al cerrar los ojos, me doy cuenta de que tal vez nunca necesitamos ver para comprender.

Carta olvidada

La primera vez que la vio, ella cargaba más libros de los que podía sostener. Caminaba rápido, como si el tiempo le urgiera, como si la vida estuviera a punto de comenzar y no pensara perdersela por nada. Él pensó en decirle algo, pero se limitó a abrirla la puerta del aula. Ella sonrió y con eso bastó. Fue una de esas sonrisas que uno guarda sin saber por qué.

No cruzaron palabras hasta varias semanas después, en una fila cualquiera para obtener unas copias que todos necesitaban para un examen. Él la reconoció y bromeó intentando acercarse a ella —Si todos pasamos la materia, será gracias al trabajo de una impresora. —dijo con voz segura—. Ella lo miró y soltó una risa suave, que a él, le quedó dando vueltas todo el día y desde entonces las coincidencias se hicieron costumbre. En el patio, en la cafetería, en la salida del metro. Iban encontrándose cada vez con menos sorpresa y más ternura. Primero fueron charlas cortas, luego cafés en la banca del jardín central, risas entre clases, anécdotas contadas en voz baja durante horas muertas. Descubrieron que ambos subrayan los libros, que les gustaban los silencios que no incomodan y que compartían una extraña nostalgia por cosas que no habían vivido.

Tenían 21 años y el mundo era una promesa aún sin romper.

Ella le mostraba canciones; él, poemas. Él hablaba poco, pero la miraba con todo. Ella se reía a destiempo, le gustaba ver películas y lloraba con los comerciales. Él decía que el amor era una palabra muy gastada, ella insistía en que el amor era algo que ocurría sin saber cómo ni cuándo y no solo con las palabras, y él se burlaba de eso, hasta que una tarde, al verla llegar con una trenza deshecha y una chamarra tres tallas más grande, con los mismos libros que apenas podía cargar, lo sintió: ese nudo tibio, lento, ineludible, esa emoción que hace saltar el corazón al verla llegar. Precisamente sin saber cómo ni cuándo supo que la amaba.

Ella decía que si alguna vez se perdían, deberían dejarse pistas en forma de libros. Él le respondió que si alguna vez desaparecía, él sabría buscarla entre las páginas.

Una tarde, cuando el sol entraba partido entre las ramas del jardín de la facultad, él le prestó su libro favorito. —Léelo con calma, te va a gustar. Es mi favorito de este

mes. —dijo con voz suave—. Ella lo recibió con las dos manos, como si sostuviera algo sagrado. Le prometió leerlo esa misma noche.

Él llegó temprano a la facultad al día siguiente, se sentó en su sitio habitual del patio y esperó. Estaba impaciente, no tanto por el comentario sobre el libro, sino por verla llegar, por saber qué harían después de clase, por encontrar una nueva excusa para estar con ella.

Pero ella no llegó.

Pasó la mañana. Pasó la tarde. Pasaron los días.

Decidió buscarla en la pensión donde ella vivía. Una mujer mayor, la casera, le abrió con gesto amable y resignado. —Se fue hace unos días, me dijo que si venías a buscarla, te diera esto—. Y le extendió el libro. El mismo. El que él le había prestado.

Él lo tomó con las manos frías. Lo sostuvo por un largo rato sin poder hablar. Luego asintió y se alejó. Él lo recibió como si le devolvieran algo más que un objeto. Era una despedida, aunque aún no le quedaba claro. Caminó de regreso a casa como si cada paso lo llevara más lejos de ella. Y, de algún modo, así fue.

Nunca más volvió a verla.

Los años pasaron. Él se graduó, trabajó, amó otras veces, pero ninguna como a ella. Aquel libro siguió con él, ocupando un lugar especial en cada estantería que tuvo, en cada mudanza, en cada etapa de su vida. No volvió a abrirlo, tal vez por miedo. Tal vez porque una parte de él había quedado congelada en ese momento en el tiempo.

Treinta años después, una mañana cualquiera, mientras limpiaba su estante, el libro cayó al suelo. Se agachó a recogerlo con cuidado y al abrirlo, se percató que entre sus páginas había algo que nunca había notado antes: una carta.

Comenzó a leer.

“Mi amor,

Perdóname por irme así. En la madrugada llegó una llamada: mi padre está grave, y tuve que volar a España. No sé si lo encontraré con vida. Perdóname por irme sin despedirme. No sabía cómo decírtelo...

Esta es mi dirección y mi número en España. Quiero que sepas que si me escribes o si algún día vas a buscarme me casaré contigo. Te esperaré. Siempre tuya, A.”

El mundo se detuvo, él se quedó inmóvil, con la carta en la mano y el corazón latiendo como cuando tenía veintiuno. Pensó en lo que pudo haber sido. Pensó en todas las veces que sostuvo ese libro sin saber que ella aún le hablaba desde dentro de sus páginas.

Cerró el libro.

Lo colocó de nuevo en el estante.

Y por un momento, el mundo olió a primavera vieja. Como si algo hubiera florecido tarde. Como si, en algún lugar, una historia se hubiera contado entera, sin que nadie la escuchara.

| ¿A qué sabe la poesía?

La poesía tiene el sabor de lo antinatural que resulta
que las cosas duren para siempre,
y se siente como un día que dura tres otoños.
Es líquida, se filtra por las grietas del tiempo,
se bebe con sed y nunca sacia, emborracha.
Corre por debajo de los nombres
como sangre tibia creciendo branquias en la memoria,
tiembla en la boca.
Desviste al mundo de sus certezas,
cerrando heridas o dejándolas abiertas.
La poesía, como el acto más político de todos,
se transforma, y por eso, parece eterna.

| Nostalgía

El prolongado recuerdo persistente en el presente
envuelto en la palabra **melancolía** que agridulce
descansa en la lengua sin terminar nunca
de pronunciarse como eco que se desdobra
una y otra vez en memorias.

Nostalgia contemplativa, envolvente,
tiempo en el sentido suspendido
y plegado sobre sí mismo.

| La izquierda moderna disfrazada de derecha

Progresista en sus construcción; estética burocratizada emocionalmente en su ejercicio. La izquierda moderna se convierte en moralista, las ideas son impuestas por estética y no por fuerza. El diagnóstico simbólico de la insurrección del arte como pensamiento crítico peligroso-poético comienza a optimizarse para el sistema de forma moral para dejar de ser revolucionario adaptándose a las narrativas contemporáneas moralmente aceptadas haciendo que la ideología pierda profundidad dejando a un lado el sentido progresista original de izquierda. Ser parte de una causa se convierte en un gesto estético y no político perdiendo su fuerza simbólica. La izquierda moderna deja de ser poética, y el poder narrativo cambia de manos. Comenzamos a olvidar que el pensar de forma crítica se erige como el acto más revolucionario y político de todos.

Momento perfecto

"El agricultor que espera el clima perfecto nunca siembra."

Eclesiastés 11:4 NVI

Amor mío,
pronto se hace tarde
para decir lo que nos incendia el alma.

He dicho antes que las palabras
son igual a las lanzas,
lo que no decimos se nos queda atravesado
en el corazón y en la garganta.

Hoy te escribí una carta,
una de tantas
que constantemente te pienso
pero nunca escribo.
Una vez terminada no la entregué
pensando en que tal vez
habría otro tiempo, uno mejor.

Amor mío,
también he de confesarte
que guardé un paseo por el bosque
un café a media tarde
un helado en la plaza
una canción en la garganta
un regalo en la casa
y una tarde en tu cama.

Funeraria

Lugar: funeraria

Hora: incorrecta

Tiempo: antes de lo esperado

Huele a cigarro, incienso y adiós. A flores blancas y a café quemado.

El reloj suena marcando los segundos como si en verdad estuviera corriendo el tiempo, como si en verdad siguiera aquí conmigo. ¿De cuántas formas una persona puede detener la vida?

El ambiente frío se encuentra ahogado en m e l a n c o l í a.

A las personas se les hunden los ojos, no están aquí.

Los rostros que se cruzan parecen sombras, figuras inalcanzables.

Y yo, aquí, observo la danza interminable de las despedidas. Me pregunto si alguna vez habrá una manera de no sentir que, en algún rincón del alma, todo está a medio hacer.

Las personas entran, salen, sonríen, lloran y se enojan. Las personas despiertan y también caen en sueños profundos, sonámbulas eternas atrapadas en sus mentes y almas.

El teléfono suena. El eco vacío de la campana parece más un susurro que una llamada. ¿A quién llamamos cuando ya no hay palabras que decir?

Allá afuera no pasa nada, y aquí pasa todo a la vez.

La espera es interminable, el lugar parece suspendido en un tiempo que ya no existe, ni dentro ni fuera de este espacio. Las lágrimas se mezclan con el humo, y los abrazos se sienten fugaces, incapaces de sostener lo que realmente importa.

Los minutos se alargan como sombras al caer la tarde.

No sé si hay algo más que hacer, no sé si debo irme, no sé si debo quedarme. El reloj sigue sonando, pero el tiempo ya se ha ido. Y aunque el eco de la campana parece querer detenerme, yo ya no sé si estoy esperando o si simplemente he dejado de existir aquí.

Quizás el silencio sea la única respuesta a todo esto. O tal vez sólo estemos aprendiendo a callar lo que no se puede decir.

Resonancia

Hay sonidos que son cicatrices invisibles. Heridas que no sangran, pero suenan.

El cuerpo también recuerda con el oído. Y a veces, donde más duele la vida, es donde más suena el pasado. Cada quien tiene un sonido que lo define. Un sonido donde alguna vez le dolió vivir.

Como quien sale despavorido después de escuchar la alerta sísmica, porque vivió el terremoto de México en el ochenta y cinco y recuerda el piso moverse, los edificios desplomarse y las manos aferradas a otras manos. Y ahora cualquier zumbido parecido despierta al cuerpo. Aunque no tiemble. Aunque todo esté en calma.

Porque a veces el peligro no es lo que pasó, sino lo que podría volver a pasar.

El silbido agudo donde comenzó el vacío de una casa mientras el agua para el café estaba en punto de ebullición justo cuando la puerta sonó sin promesa de regreso. Desde entonces, por si acaso el café se toma tibio. Y si hay que hervir agua, se hace en silencio.

Como si al evitar el sonido, también se pudiera evitar el recuerdo.

Como quien se retira después de la guerra y su último recuerdo es ver a su amigo morir entre sus brazos, después de que las balas le clarearan los costados. Ahora, no puede dormir, siempre está alerta, siempre alerta.

Como si el vivir alerta pudiera evitar otra pérdida.

Todos caminamos nuestros propios ecos.

Desaparición forzada

Cada mañana, el aroma del café solía colarse por cada rincón de la casa.

Aun con los ojos cerrados, sabía que mi madre ya estaba de pie, preparando con paciencia el desayuno mientras tarareaba alguna canción. Aquella sinfonía matutina siempre me daba paz. Todo eso parecía tan cotidiano que jamás imaginé lo mucho que lo extrañaría.

El recuerdo se disolvía rápido, como el aroma del café que ya solo existía en mi memoria.

Donde me encontraba ahora, el aire era espeso y el silencio, pesado. Los rostros a mi alrededor eran apenas sombras que se movían en la penumbra, ojos cansados que se miraban entre sí buscando respuestas que nadie tenía.

A veces, uno de nosotros susurra una oración, no porque creyéramos que alguien nos escucharía, sino porque nos recordaba que aún podíamos pronunciar palabras. Otros abrazan sus rodillas, apretándose el pecho, como si eso bastara para mantener el corazón latiendo.

Yo solo cerraba los ojos y me aferraba a ese aroma fantasma, al murmullo de mi madre cantando entre cucharas y platos. Esa imagen me sostenía. No porque creyera que volvería a escuchar su voz, sino porque sabía que ella estaría buscándome, aunque no supiera dónde estaba, aunque le dijeran que ya no había nada que encontrar. Las madres nunca se rinden. Y aunque no estemos para decirlo, nosotros tampoco.

Desde el rincón, entre nuestras pertenencias, las fotografías rotas de familiares varios parecían vigilar me desde las sombras. Y entre nosotros solo reconocíamos rostros congelados, miradas llenas de un futuro que ya no existía. Eso me hacía sentir el peso de mi propia desaparición. No sabía en qué día vivía. ¿Hoy será el cumpleaños de alguien de aquí? ¿O será un día común, como tantos otros? La memoria ya no lo podía saber.

Sobre el suelo, entre las cartas desordenadas, encontré una que me detuvo.

La letra, ya desvanecida por el paso del tiempo, era de alguien que probablemente nunca más la entregaría. **“Mi amor, si algún día ya no regreso, solo te pido que recuerdes lo mucho que te amo y digas: Se me fué mi enojón, berrinchón y celoso.”**

Las palabras parecían danzar sobre la hoja, como si de alguna manera, intentaran aliviar el peso de la ausencia, aunque lo único que realmente dejaban era la huella de una despedida inevitable.

El tiempo seguía su curso, incierto, imparable, pero las palabras de esa carta me recordaron que algo más grande que el miedo seguía vivo en nosotros: la memoria y el amor. El amor que nunca muere, porque aún en la despedida hay un intento por mantener la memoria viva.

Alguien comenzó a cantar una melodía rota, apenas un susurro, pero era suficiente para que los demás la escucharan y comenzaran a sumarse. No importaba si no nos conocíamos, lo que nos unía era algo más profundo, algo que ni el olvido ni la muerte podían arrebatarnos: la esperanza.

Aunque nadie lo dijera en voz alta, sabíamos que en algún rincón del mundo alguien nos esperaba aferrado a la esperanza de que algún día volveríamos. Y mientras ese pensamiento persistiera, las sombras no serían el fin.

Rezo

Que la vida
entre por mis
ojos
y me llene
el alma.

Que las injusticias
nunca me sean
indiferentes.

Que
el amor
siempre
siga siendo
mi consciencia
y salvación.

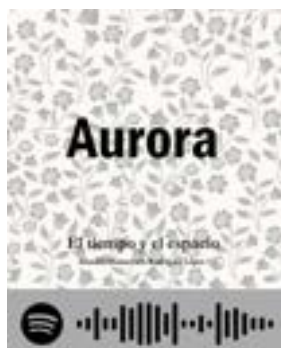
Círculos viciosos

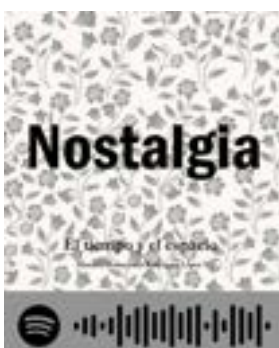


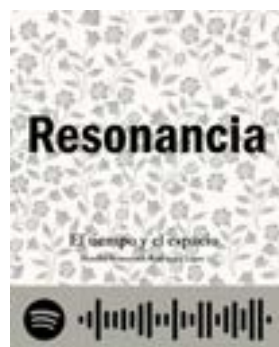
Tus ojos

Tengo grabados tus ojos en mis ojos.
Tengo grabada tu alma en la mirada.
Ojos ambar, ambar como la savia del arce.
Instantes suspendidos en ambar, arpeados en la luz de lo que no se olvida.
Ambar arañecer
Ambar como el otoño.

Este texto también tiene voz. Escúchalo aquí.









Alondra Monserrath Rodríguez López es Licenciada en Ciencia Política y Administración Pública por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y pasante de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Cuenta con estudios especializados en escritura literaria, publicidad y estrategia en medios digitales, imagen pública, producción audiovisual, evaluación de políticas públicas y evaluación de programas públicos. Se ha desempeñado como realizadora de cortometrajes premiados y seleccionados en festivales de cine a nivel nacional e internacional, con distribución principal en la plataforma FILMIN LATINO, y cuenta con registro de actividades ante el IMDb. Asimismo, ha sido tallerista en temas de cine, oratoria y declamación.

Es autora del libro *El tiempo y el espacio*, publicado por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo en 2025, y cuenta con certificación por el Fondo de Cultura Económica como mediadora de lectura. Ha participado en concursos de oratoria y declamación a nivel local, estatal y nacional, obteniendo diversas premiaciones, y fue finalista en el Concurso Nacional de Mediación Penal organizado por la American Bar Association (ABA ROLI) en 2019.

El tiempo y el espacio. Historias y poemas

se terminó de diseñar en el mes de diciembre de 2025,
en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria
de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Cuidado editorial: Asael Ortiz Lazcano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO



CONSEJO
EDITORIAL



www.uaeh.edu.mx

ISBN: 978-607-482-966-2